

Paolo Flores d'Arcais



DEMOCRACIA

Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

Serie Actualidad

Dirigida por Josep Ramoneda

Se puede optar por un pensamiento crítico que tomará la forma de una ontología de nosotros mismos, de una ontología de la actualidad.

MICHEL FOUCAULT

Paolo Flores d'Arcais

¡Democracia!

Libertad privada y libertad rebelde

Traducción de
Coral Romà

Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

¿Qué es la democracia?

Una teoría crítica de la democracia real

¿Los regímenes políticos en que vivimos son realmente democráticos? ¿Tiene futuro la democracia o la evolución hacia el autoritarismo posdemocrático es imparable? «Hoy más que nunca –escribe Paolo Flores d’Arcais– “democracia” corre el riesgo de no significar nada.» La palabra se ha banalizado enormemente: se derrumba un régimen político, ya sea por colapso (los países de tipo soviético), por revolución (Egipto, pongamos por caso) o por guerra (Irak, sin ir más lejos), se montan unas elecciones, sin que se den las condiciones mínimas exigibles para unas votaciones realmente libres, y se proclama que un nuevo país ha sido ganado para la democracia. Y así se va construyendo la fantasía de que nunca hubo tantas democracias en el mundo.

A su vez las democracias consolidadas de Occidente sufren un proceso de degradación creciente. Las crisis tienen un efecto revelador. Y la actual crisis económica ha permitido que hasta el ciudadano más ciego ideológicamente se diera cuenta de la evolución de las democracias occidentales hacia la tecnocracia y la plutocracia, con los poderes políticos plenamente sometidos a las exigencias del poder económico y el discurso de los expertos como fuente principal de legitimación política. La Unión Europea no progresa en la construcción de una democracia supranacional. Los ciudadanos (y con ellos la legitimidad democrática) son los invitados silenciosos de unas institu-

ciones políticas basadas en la legitimidad tecnocrática de Bruselas y en la legitimidad de las relaciones de fuerza entre Estados vinculados por tratados intergubernamentales. Sometidos al modelo del *homo economicus* vivimos cada vez más atrapados en una sola dimensión, negando la singularidad, la diversidad y la complejidad humana –más allá de la quimera del dinero y el éxito– que es la esencia de la vida democrática.

Si el socialismo real no tenía nada que ver con el socialismo, la democracia real cada vez tiene menos que ver con la democracia. Y, sin embargo, como dice Flores d'Arcais, «la democracia sigue siendo imprescindible» si queremos que el poder siga siendo de todos y de cada uno, si queremos poner límites a los abusos de todos los poderes y si queremos evitar que nuestras sociedades evolucionen irremisiblemente hacia nuevas formas de totalitarismo.

Para responder a las preguntas sobre el estado de la democracia y su futuro, es imprescindible saber realmente qué es la democracia. Paolo Flores nos propone un ejercicio que consiste en reducir la democracia a lo más esencial y definir, a partir de ello, las desviaciones letales de la democracia. ¿Qué es la democracia? Un principio: «una cabeza, un voto», que define su contenido procedimental mínimo. Y, a partir de aquí, un proceso abierto nunca completado de modo definitivo. La democracia no se conquista jamás, es «un tira y afloja entre las fuerzas de la coherencia y sus enemigos». Por eso ser demócrata es una actitud, un espíritu de disidencia permanente, que no puede aceptar que la tríada poder/dinero/éxito reemplace a la tríada igual dignidad/libertad/poder como está ocurriendo en las más viejas democracias occidentales.

Si la democracia es «una cabeza, un voto», todo aquello que dificulte este principio de igualdad es letal para ella. La autonomía del individuo es la esencia de la demo-

cracia. Todo intento de convertir al ciudadano «en materia y cera en manos de otros» destruye la democracia. Por eso, en democracia la legalidad debe ser «el poder de los sin poder». La que defiende al ciudadano de la violencia, de la corrupción, de la mentira, de la demagogia de los que quieren secuestrar su voto. Y por eso Dios debe quedar alejado de las instituciones, porque la democracia es laica o no es. La religión debe gozar de la libertad de culto total pero «en la esfera pública debe valer para todos la más rigurosa e innegociable proscripción de Dios». La educación es fundamental para la democracia, porque sólo ella garantiza el espíritu crítico necesario para el voto libre. Las normas de la democracia deben garantizar que el dinero no intervenga comprando voluntades ni directa ni indirectamente. Y la democracia requiere, como teorizó Claude Lefort, unas condiciones básicas de igualdad. Para Flores la virtud democrática es la coherencia que emana de la razón y de la argumentación.

Paolo Flores describe las democracias reales en las que vivimos como democracias privatizadas, bajo el control de una clase política aislada de la sociedad, unos medios de comunicación cada vez más complacientes y menos críticos y un poder económico que sólo busca la consolidación legal de sus privilegios. Y arremete duramente contra los partidos socialdemócratas que están en crisis porque nunca han redistribuido el poder, y contra la derecha: un gobierno conservador o reaccionario, servil o permisivo con el sistema, humilla y ofende siempre a la democracia. Con la derecha, la democracia siempre está en libertad vigilada.

Flores d'Arcais termina su libro con un reto a los intelectuales a asumir compromisos en defensa de la democracia. El deber del intelectual es ser guardián del espíritu crítico y de las libertades para todos. Paolo Flores d'Arcais lo practica desde hace muchos años con sus ar-

títulos y publicaciones, con su militancia que le llevó a liderar los «girotondi» contra las políticas de Berlusconi, con la revista *Micromega*, referente de la izquierda crítica italiana. La democracia y la izquierda como actitud: caminar, siempre caminar, como dice Michael Walzer.

JOSEP RAMONEDA

Democracia y definiciones

¿Tiene aún sentido hablar de democracia? Y sobre todo ¿tiene aún sentido reivindicarla como bandera de libertad igualitaria? Todos son demócratas y se llenan la boca con ella, aunque la detesten, la quieran confeccionada a medida o incluso la masacren. Por otra parte ya se proclamaban liberales y demócratas los Thiers y los Gambetta que un siglo y medio atrás, con decenas de miles de ejecuciones sumarias, cavaron la tumba (literalmente) de la Comuna de París, el momento de democracia más auténtica que haya conocido la historia.

Hoy más que nunca «democracia» corre el riesgo de no significar ya nada.

Si pueden invocarla indistintamente George W. Bush y Aung San Suu Kyi, Václav Havel y Vladimir Putin, Stéphane Hessel y Silvio Berlusconi, quiere decir que a estas alturas la palabra tiene tanta precisión como la niebla o el humo. Si pueden enarbolarla los jóvenes de la plaza Tahrir y los militares que los asesinan o las barbas y hopalandas islámicas que salieron vencedoras de las urnas y que se habían quedado agazapadas en las mezquitas sin arriesgar nada, si pueden proclamarla tanto los manifestantes de Zuccotti Park como los Le Pen, padre e hija, quizá es que a estas alturas sólo es un *manido flatus vocis*.

Y sin embargo la democracia sigue siendo hoy imprescindible, es más: sigue siendo lo *imprescindible*.

Porque hasta el momento es el *único* horizonte de legitimidad al que referirse para validar las instituciones políticas, desde que la caída del muro destruyó, incluso ante los que no querían ni oír ni ver, el último resquicio de credibilidad «progresista» de los totalitarismos del Este. Es así hasta tal punto que incluso los que pretenden ahogar la democracia en la teocracia se ven obligados a invocarla como instrumento y procedimiento de toma de decisiones, desde los partidos islámicos (tanto «moderados» como fundamentalistas) hasta el pontífice de Roma que reina dichosamente. Pero, ante todo, porque de una manera u otra siempre es en nombre de la democracia y de sus valores constitutivos y fundamentales, la libertad y la igualdad, que mujeres y hombres de cualquier condición y de cualquier continente se alzan en revuelta e incluso arriesgan su vida contra el monstruo moteado de las opresiones.

Y sin embargo a la vista está que hoy en día es imposible encontrar una democracia digna de ese nombre. Las democracias reales existentes son cada vez más un pálido simulacro de los valores perfilados solemnemente en las Constituciones o, más a menudo, una parodia: en los callejones sin salida del sistema o en los arrabales de la actividad de gobierno, los políticos enlodan y pisotean a diario los derechos de los ciudadanos de los que deberían emanar. Por eso los ciudadanos les corresponden con dosis industriales de desafección y menosprecio.

El pensamiento conservador ha hallado una solución acomodaticia. Las pretensiones de la democracia –*soberanía* de los ciudadanos y libertad/poder igual para todos– resultan desmesuradas. Hay que llevar la poesía de los ideales a la prosa cotidiana y aceptar que se admita la existencia de una democracia efectiva allí donde se puede votar sin fraudes electorales desmedidos y en la que cohabitan varios partidos y candidatos en liza. El resto es uto-

pía. A continuación viene «lo mejor es enemigo de lo bueno» y toda la letanía de lugares comunes biempensantes.

Pero a esta acusación de utopía ya respondió Max Weber, un testigo libre de toda sospecha por ser defensor del más despiadado «realismo político», quien concluye su clásico *La política como profesión* con esta frase: «Es cierto, y toda la experiencia histórica lo confirma, que lo posible no se lograría si en el mundo no se intentase una y otra vez lo imposible».¹

Si se declara que la democracia, en su sentido etimológico, no es más que una utopía, cualquier caricatura y engaño alegará tener derecho a cada resquicio de nobleza que la palabra conlleva, y cualquier tergiversación y deformación secuestrará en beneficio propio el aura inviolable que ha acumulado esa palabra/valor a lo largo de siglos de luchas y sacrificios. De esta manera los dueños del vapor² y de la cosa pública se convertirían también en los amos y señores del significado de «justicia y libertad», mientras que quienes se propusieran hacer realidad la democracia según su etimología, poder de todos y de cada uno, se convertirían «objetivamente» en intrigantes antidemocráticos.

Las palabras son piedras. Las palabras son armas. La filología es una espina clavada para todo gobierno, porque las palabras/valores son «puestas en juego» en el choque entre opresores y oprimidos, sistema y ciudadanos, nuevas castas y Tercer Estado actual. Allá donde las palabras pueden ser domesticadas y doblegadas por el poder,

1. Max Weber, *El trabajo intelectual como profesión*, Barcelona, Bruguera, 1983.

2. Expresión acuñada por Ernesto Rossi en el libro *I padroni del vapore* para referirse a las grandes empresas que dominaban el mercado en connivencia con el fascismo en los años veinte del siglo xx en Italia, y que se ha popularizado para denominar a quienes detentan el poder económico. (*N. de la T.*)

el totalitarismo está en marcha. El poder corrompe, como es bien sabido. Corrompe también las palabras, ante todo las palabras. Preservarlas es una de las tareas más preciadas de los «sin poder», que en una democracia tendrían que ostentar la totalidad del poder, la *soberanía*. La filología es una de sus bazas. Renunciar al sentido originario de la palabra *democracia* significaría resignarse a perder la «cosa misma».

Porque no es cierto en absoluto que *demos-kratía* no quiera decir ya nada, ni que *soberanía popular* –su traducción moderna, siguiendo la estela de las dos revoluciones, la americana y la francesa, que inauguran nuestra época– sea una expresión absolutamente genérica, y que por tanto se pueda someter a cualquier «sustancia» del regimiento político. En las páginas que siguen discutiremos largo y tendido sobre las antinomias teóricas, las contradicciones prácticas y las dificultades institucionales a las que da lugar la soberanía popular, pero éstas nacen precisamente de la precisión y el alcance del concepto y de la «cosa misma» a la que hacen referencia de forma ineludible: el poder que es todo uno con el pueblo entero, entendido este último como todo uno con cada uno de los ciudadanos, sin excluir a ninguno.

De modo que *democracia* nos dice inmediatamente lo que no puede ser, a qué se contrapone. A teocracia, en primer lugar. Si se pretende democracia ya no habrá ningún Arriba/Otro que pueda legitimar el poder. Ningún Dios que pueda entrometerse promulgando los diez mandamientos. La ley la deciden los hombres, Dios es exiliado en lo más alto de los cielos porque la autonomía es la premisa y lo irrenunciable de la democracia, *autos nomos*, el darse a sí mismos la propia ley. Inmediatamente después se contrapone a oligarquía y a aristocracia. Porque justamente la autonomía y la autolegislación pertenecen a todos, no a unos pocos, ni siquiera a los mejores. Y por otra

parte, ¿quién decide quiénes son los mejores? Por eso la democracia se contrapone finalmente a cualquier otra «cracia», sea del dinero, de la técnica, del crimen, y a cualquier otro poder *separado* del todos y cada uno. Cualquier poder separado privaría a los ciudadanos de la soberanía, los convertiría en medios en manos de los *happy few*, a su disposición para fines propios. Cualquier poder separado es poder *sustraído*. Por eso la democracia se presenta también como moralidad, como realización institucional del imperativo kantiano que se impone a todo el mundo: «Obra de tal modo que trates a la humanidad, tanto en tu persona como en la de cualquier otro, siempre como un fin y nunca solamente como un medio».¹

Por lo tanto sería pura locura regalar la bandera de la democracia a sus enemigos, quienes aparentan respetarla a pesar de practicar la manipulación, la oligarquía y la opresión. A los «dueños del poder», los que secuestran la palabra en beneficio propio, más bien hay que someterlos a la picota de la crítica, al significado irrenunciable del término, desenmascararlos por demócratas *falsos* y *mentirosos*, jactanciosos y despojadores de valores, y expropiarlos a su vez del botín de este hurto lingüístico. La lucha política por la democracia y la lucha filológica por el significado de la palabra son distintos terrenos del mismo combate, en el que lo que está en juego es siempre nuestra igual dignidad.

Pero parece que el privilegiado y/o el devoto del sistema tienen buenas cartas en la mano para manifestar que la democracia tomada al pie de la letra es imposible porque resulta *impracticable*. En efecto, exhibirán las sirenas cautivadoras del sentido común y de las evidencias concretas (el autogobierno ni siquiera se hace realidad en las

1. Immanuel Kant, *Scrritti morali*, al cuidado de Pietro Chiodi, Turín, Utet, 1980, p. 88.

reuniones de las comunidades de vecinos) para canonizar en nombre de la eficiencia cualquier amputación, incluso la más brutal, de la literalidad y del ideal que conlleva «democracia». Las acometidas de esta ideología reaccionaria pueden ser rechazadas con bajas e incluso pueden ser desbaratadas justamente fijando con precisión los criterios con los que medir el valor de las democracias reales existentes, a partir de un núcleo semántico que ni siquiera el más reaccionario del sistema podrá negar.

Desde este punto de vista, el segundo 1789 representó una gran oportunidad finalmente desperdiciada. Junto con el imperio soviético, se esfumaba el engaño de una democracia que pretendía ser más avanzada: la democracia popular, es decir al cuadrado, como vociferaba la *nomenklatura*, mientras suprimía las libertades más elementales. Una vez barrido el totalitarismo, las democracias de Occidente, que a estas alturas monopolizaban el término, sólo tenían que vérselas con sí mismas. Ya podían afrontar sus propios incumplimientos sin la coartada de que criticar de forma intransigente su propio «lado oscuro» pudiese hacerle el juego al enemigo. Sus clases dirigentes hicieron lo contrario: fascinar a la masa de ciudadanos, cada vez menos soberanos, con el triunfalismo de una «democracia» sorda al aumento galopante de la distancia entre ideal y realidad. Toda crítica fue apartada del terreno de juego, anulada por el desbordamiento del pensamiento único.

El ochenta y nueve, ese sesenta y ocho de los disidentes, fue utilizado por el poder para truncar definitivamente todo lo que el Berlín de Rudi Dutschke y el Mayo de París habían puesto en el orden del día, una «larga marcha» desde dentro de las instituciones capaz de aproximarse —contra la hipocresía de los poderes establecidos— a la coherencia democrática. Los dueños de la política y del provecho consiguieron durante toda una generación hacer colar el liberalismo como sinónimo de democracia, más aún, como

su caldo de cultivo y como alambique de resultados garantizados, a pesar de que la realidad desmentía clamorosamente la ideología: China era una explosión vertiginosa de capitalismo, con una vitalidad de mercado abrumadora y tasas de crecimiento capaces de provocar una sobredosis a los Chicago Boys, y a pesar de todo el poder seguía firmemente en manos del partido único totalitario.

El trile venía de lejos, de combatir en la guerra fría contraponiendo al socialismo real el capitalismo, pero bautizándolo como democracia *tout court*, como si se tratase de una hendíadis. A pesar de que la democracia, que había logrado salir de la larga noche de los fascismos gracias a la Resistencia, empezó su nueva vida en Europa justamente violando el mercado liberalista, nacionalizando con De Gaulle la Renault, los principales bancos, los transportes aéreos y las minas de carbón. Por eso en el ochenta y nueve colar el final de la economía planificada y el sabbat de privatizaciones como el equivalente a la soberanía de todos y de cada uno fue un juego de niños. Un truco de ilusionista que ha durado veinte años. La caída del muro trajo consigo el liberalismo, raramente la democracia –la Rusia de Putin constituye la demostración palmaria de ello–, y mientras tanto, el sueño de la razón, inducido por la toxina del pensamiento único, elevaba a dogma la *deregulation* (pues Clinton no actuó de forma distinta a Reagan) abriendo la puerta a la orgía de las *subprime* y los bonos basura, y el consiguiente efecto dominó de la crisis financiera en la que aún estamos atrapados.

Ahora, parece que el hechizo y la borrachera han terminado. Incluso entre los economistas liberalistas algún cerebro sin talonario entona el *mea culpa*, y Keynes sale del *Index librorum prohibitorum*. Y, ante todo, las «masas» empiezan a librarse de la servidumbre voluntaria de la dictadura liberalista. Una parte, al menos. Los arrebatos de los indignados, que se han difundido en ambas orillas del

Atlántico, el movimiento radical y bien arraigado de los estudiantes chilenos, las revueltas árabes sólo superficialmente normalizadas por los portavoces de Alá abren una puerta a la esperanza: la ideología de la falsa ecuación democracia/liberalismo ha anestesiado a una generación, pero ahora los cerebros han vuelto a destilar crítica.

De manera que vuelve a estar en el orden del día el deber de *pensar la democracia*, de reflexionar sobre qué son las «democracias» reales existentes, hasta qué punto se puede consentir la desviación entre etimología e instituciones políticas, antes que «democracia» se convierta en la llave maestra para nuevos despotismos en versión posmoderna. La democracia ha nacido varias veces (la moderna, quiero decir), y ha sido cada vez distinta porque cada vez ha alimentado diferentes esperanzas. Winston Churchill, mastín conservador, la quería minimalista: la peor forma de gobierno a excepción de todas las demás. Pero Albert Camus, en 1944 en el *Combat* clandestino, la definía como «un estado de la sociedad en el que cada individuo tenga en el punto de partida todas las oportunidades, y en el que una minoría de privilegiados no mantenga a la mayor parte del país en una condición indigna»,¹ y, en los mismos días, Giacomo Ulivi, de diecinueve años, estudiante de Derecho, partisano capturado y evadido dos veces, torturado y fusilado a la tercera, escribía a sus amigos desde la cárcel: «Día tras otro nos han dicho que la política es trabajo de “especialistas” [...]. Creedme, la “cosa pública” somos nosotros mismos [...]. Y por eso tenemos que ocuparnos de ella directamente, personalmente, como nuestra tarea más delicada e importante».²

1. *Camus à Combat*, París, Gallimard, 2002, p. 222.

2. *Lettere dei condannati a morte della Resistenza italiana*, al cuidado de P. Malvezzi y G. Pirelli, Turín, Einaudi, 1952, pp. 292-293.

Por eso será bueno responder a la no desinteresada pregunta «¿es posible la democracia tomada al pie de la letra?» con otra pregunta: ¿es posible no tomarla al pie de la letra? No para rehuir interrogantes incómodos, claro está, sino para no transformarlos en coartada tras la cual la apología de lo existente pueda reírse sarcásticamente. Así pues, hay motivos apremiantes, y muy actuales, para que la democracia tomada en serio sea más que nunca el toque de diana que llama a los sin poder a rebelarse, el acto de acusación permanente y legítimo que acompaña como una sombra a las «democracias» reales existentes, la inseparable sombra de Banco que les obliga a sufrir de mala conciencia y remordimientos.

La democracia constituye, así pues, el horizonte político ineludible de la autonomía *humana*, que no obstante sólo lo es si es de todos y de cada uno. De hecho, dondequiera que la soberanía no sea compartida *por igual*, ésta empalidece en la jerarquía, pierde dignidad con cada escalón que baja en la escala del poder. Con la democracia, la soberanía fue robada al Cielo, como hizo Prometeo con el fuego, precisamente para que ningún *Homo sapiens* pudiese volver a erigirse en su representante «ungido», sometiendo así a los demás. Por lo tanto, no tiene más legitimación que la fidelidad al concepto en sí; sin esta fidelidad, entrega una «tierra desolada» al mero choque de las voluntades de poder, al éxito como único criterio de legitimidad: subrogación moderna de la ordalía. Por eso vamos a intentar delinear la muralla conceptual e institucional de una *democracia tomada en serio*, como aproximación asintótica infranqueable a una democracia tomada al pie de la letra.

Título de la edición original: *Democrazia! Libertà privata e libertà in rivolta*
Traducción del italiano: Coral Romà

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 1.º 1.ª A
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com
Círculo de Lectores, S.A.
Travessera de Gràcia, 47-49, 08021 Barcelona
www.circulo.es

Primera edición: febrero 2013

© ADD Editore, Torino, 2012
Edición publicada según acuerdo con ADD Editore y The Ella Sher Literary Agency
© de la traducción: Coral Romà, 2013
© del prólogo: Josep Ramoneda, 2013
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2013
© para la edición club, Círculo de Lectores, S.A., 2013

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Liberdúplex
Depósito legal: B. 32368-2012
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-15472-62-9
ISBN Círculo de Lectores: 978-84-672-5379-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)